

REFERENCIAS

I

Cuando le fue concedido el premio Nobel a Juan Ramón Jiménez (1956), no todos los círculos literarios de occidente reaccionaron, ante la noticia, de la misma manera. A tiempo que los países de cultura latina, y más concretamente los de Iberoamérica, dejaron conocer de inmediato su satisfacción y calificaron de excepcionalmente acertado el voto de la Academia, otros no fueron tan explícitos en este reconocimiento y algunos hubo, inclusive, donde la elección se consideró poco menos que absurda.

Para los hispanoamericanos esta designación de Juan Ramón Jiménez fue absolutamente lógica y si algún reparo se le hizo fue el de producirse con un retraso tal que estuvo a punto de convertirla en un homenaje póstumo. Porque fuera de Pablo Neruda ningún nombre afloraba en el panorama de las letras castellanas que pudiera contender con el del insigne andaluz, cuya obra, aureolada un poco por el infortunio de un voluntario o forzoso destierro, era pan de cada día para los espíritus cultos de estos pueblos. La influencia que ejerció sobre las nuevas generaciones poéticas fue, si se quiere, tiránica, y en Colombia, ya se sabe, produjo su siembra una espléndida fructificación que honra de veras las letras patrias.

¿Ocurrió lo mismo en el resto del mundo, o, mejor, en los países europeos distintos de los latinos? ¿Cómo recibieron, por ejemplo, los países escandinavos esta designación? ¿Qué pensaba la propia Suecia, dispensadora del premio, acerca del poeta y de su obra? Estos y otros no menos llamativos interrogantes nos vienen ahora valerosamente absueltos en un delicioso y sugestivo volumen de 170 páginas, publicado por el Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo bajo el título de Juan Ramón Jiménez y la Crítica en Escandinavia. Su autora, Matica Goulard —o Matilde Goulard de Westberg— profesora titular de español de la Handelshögskola, recogió en él

lo mejor de cuanto se escribió por entonces en periódicos y revistas sobre el maestro. De su lectura, realmente apasionante, se sale con la sensación, enervante y tónica al propio tiempo, de haber asistido a la lucha y al triunfo final de una sensibilidad cultural y artística sobre otra enteramente contraria. El hecho cierto es que Juan Ramón Jiménez no era, al momento de producirse el veredicto de la Academia, ni siquiera medianamente conocido por las selectas minorías suecas.

Fue con el correr de los días y solo como consecuencia de las críticas que empezaron a publicarse en periódicos y revistas, que la gente letrada vino a saber, primero, que existía un poeta de dicho nombre y luego, que efectivamente se trataba de un grande y extraordinario poeta, muy próximo a la genialidad.

Las circunstancias que rodearon la adjudicación de este Nobel acaso se hayan presentado también en relación con todos los anteriores, en sus líneas generales. De ahí la importancia que, al margen del tema central, tiene en este sentido la obra de la señora Goulard. En ella se nos revelan intimidades sorprendentes de un proceso público instaurado en torno a un poeta que, en muy breves días y sin proponérselo de ninguna manera, supo conquistar la admiración de pueblos que todavía la víspera no sabían que existiera.

Por considerarlos de sumo interés para los lectores se reproducen en este número del Boletín los capítulos en que la señora Goulard examina la crítica periodística originada en el fallo de la Academia y que consagró universalmente la fama del inmortal andaluz.

2

Como los lectores habrán observado, el Boletín Cultural y Bibliográfico viene publicando, en cada uno de sus números, pequeñas antologías de los más importantes poetas colombianos, del pasado y del presente. Se ha querido, en tal forma, conservar vigente el entusiasmo hacia este género de la creación literaria, dentro del cual ofrece el país una serie de nombres dignos de parearse con los mejores de las letras castellanas.

Se habrá observado, igualmente, que en su presentación no se ha seguido ningún orden, ni cronológico, ni de escuela, para evitar que sobre un empeño de simple divulgación se pueda hacer recaer la sospecha de estar orientado con un determinado criterio. Tanto más cuanto los poetas hasta ahora incluidos, vivos o muertos, no son,

en su totalidad, evidentemente los más representativos de cada grupo, aunque sí figuran, desde luego, entre los mejores. Tal circunstancia es ya inequívoca garantía de la altísima calidad que exhibe, en su conjunto, la producción poética recogida en estas páginas. Y aun cuando, como se ha dicho, su escogencia no obedeció a ningún orden determinado, ella es, de hecho, la expresión más alta de la lírica colombiana en toda su historia.

Es claro que en esa nómina ilustre no figuran todavía algunos poetas, que irán incorporándose en entregas sucesivas, ampliando aún más los contornos de esta espléndida pirámide. Tal el caso de JULIO FLOREZ, el poeta nacional por antonomasia, cuya obra, un tanto olvidada hoy constituyó en su época el hecho cultural de más amplia resonancia. Y esto ya es decir bastante, sobre todo si se considera que por entonces se alzaban también las voces de Guillermo Valencia, Pombo y Silva, y que un elenco de prosadores de la más encumbrada dignidad idiomática ejercitaba también su colosal magisterio.

Durante veinte años, por lo menos, fue Flórez nuestro crédito literario, interior y exteriormente. Hubo necesidad de que el modernismo, aclimatado en América por Darío, incorporara a la creación poética nuevas formas expresivas, para que la estrella de Julio Flórez empezara, no precisamente a decaer, sino a recatarse ante los brillos y fulgores del sol naciente. Pero la estrella está ahí, en lo más alto del firmamento lírico y su reaparición se cumplirá en la medida en que se vayan perdiendo en la bruma los cisnes de engañoso plumaje.

Varias afirmaciones pueden hacerse sobre la obra de JULIO FLOREZ. En primer término la de su incuestionable popularidad, que ha servido de pretexto para cerrarle el paso a los círculos cultos. En segundo lugar, que, no obstante esta condición, es una obra completamente correcta, ajustada en todo a cánones y preceptivas, sin remilgos preciosistas. Y, por último, que es una obra auténtica, es decir, que hace fe pública de todo ese complejo sentimental, sensible y sensitivo de las gentes colombianas, de las gentes del medio y de abajo, elementales y simples, si se quiere, pero ardorosamente emotivas. El exceso verbal en que muchas veces incurre el poeta al poner de manifiesto un determinado estado de ánimo, o al describir una escena de amor o dolor, ¿no guarda, acaso, una correspondencia íntima y precisa con nuestro bien-amado tropicalismo, tan propio y exclusivo de América, aunque no se quiera, como la temperancia lo es de los países nórdicos?

Los poemas de Julio Flórez que se publican en el presente número del Boletín atraerán de nuevo la atención de los lectores sobre un poeta que fue, en su hora, la más alta expresión lírica de Colombia. Al leerlo ahora, sin prejuicios ni prevenciones, tal vez suscite de nuevo algo de esa emoción que supo comunicar tan hondamente a sus propios contemporáneos.